

LOS HOMBRES HUECOS

T. S. ELIOT

1

Somos los hombres huecos
Somos los hombres estofados
Apoyándose entre ellos
Las cabezas repletas de paja ¡Ay!
Nuestras voces secas, cuando
Murmuramos juntos
Son silenciosas y sin sentido
Como brisa en hierba seca
O patas de ratas en vidrio seco
En nuestro seco sótano.
Figura sin forma, matiz sin color,
Paralizada fuerza, gesto sin movimiento;

Los que han cruzado
Con ojos directos, al otro Reino de la
(Muerte
Nos recuerdan—si acaso—no cual
(peididas
Violentas almas sino solo
Como los hombres huecos
Los hombres estofados

2

Ojos que no me atrevo a sostener
(en sueños
En el reino de sueño de la muerte
Estos ya no aparecen:
Allá los ojos son
Sol en columna rota
Allá, hay un árbol meciéndose
Y voces hay
En la del viento cantando
Mas distantes y mas solemnes
Que una estrella apagándose
No esté yo más cerca
En el reino de sueño de la muerte
Lleve también yo puestos
Tales disfraces deliberados
Cota de rata, piel de cuervo, cruzadas
(astillas

En un cuerpo
Conduciéndome como el viento se conduce
No más cerca
No aquel final encuentro
En el reino del crepúsculo

3

Esta es la tierra muerta
Esta es tierra de cardos
Aquí las imágenes de piedra
Elévanse, aquí reciben
La súplica de la mano de un muerto
Bajo el parpadeo de una estrella
(apagándose.

Es como esto
En aquel otro reino de la muerte
Despertando solos
En la hora en que estamos
Temblando de ternura
Labios que besarían
Forman preces a rotas piedras

4

Aquí no están los ojos
Aquí no hay ojos
En este valle de estrellas moribundas
En este hueco valle
Esta rota quijada de nuestros remos
(perdidos.

En este último lugar de cita
A tientas nos juntamos
Y evitamos el habla
Agrupados en esta playa del tímido río
Ciegos, al menos
Que reaparezcamos los ojos
Cual la perpetua estrella
Multifolia rosa
Del reino crepuscular de la muerte
La única esperanza
De los hombres vacíos

5

Aquí vamos rodando la espinosa
(pitahaya
Espinosa, pitahaya, espinosa pitahaya
Aquí vamos rodando la espinosa
(pitahaya
A las cinco en punto de la mañana.

Entre la idea
Y la realidad
Entre la moción
Y el acto
Cae la Sombra
Porque Tuyo es el Reino.

Entre la concepción
Y la creación
Entre la emoción
Y la contestación
Cae la Sombra
La Vida es muy larga

Entre el deseo
Y el espasmo
Entre la potencia
Y la existencia.
Entre la esencia
Y la descendencia
Cae la sombra
Porque Tuyo es el Reino.

Porque Tuyo es
La Vida es
Porque Tuyo es el
Este es el modo en que el mundo
(termina
Este es el modo en que el mundo
(termina
Este es el modo en que el mundo
(termina
No de un porrazo sino en un sollozo

Traducción: José Coronel Urtecho

LA FORMACION DE UN HOMBRE LIBRE

DANIEL ALFREDO DIAZ
Costarricense

Si sobre mí cayera la responsabilidad de educar a un muchacho en este mundo de la post-guerra, trataría de hacer de él, ante todo, un hombre libre, más libre que nunca. Porque en este mundo burocratizado, en esta sociedad standard en donde no se tiene en cuenta sino a las masas, un hombre verdaderamente libre será objeto de la admiración general y podrá hacer una feliz carrera.

Mi plan comprendería los seis años de enseñanza secundaria, pero sin sujeción a los pasados, presentes y futuros programas oficiales. Mi alumno no tendría, pues, certificados de estudios; pero si se le permitiera prestar exámenes, ganaría sus títulos. Y si la Universidad rígida

le cerrara sus puertas, podría ser un político, un artista o un sabio!

Porque esta sociedad que evoluciona en el sentido de masas, que borra o desvanece las diferencias de clases, de edad y hasta de sexo, en la que todo es colectivo, sufrirá muy pronto de fastidio y no podrá menos de aclamar al hombre independiente, dueño de su fantasía individual, al que haya logrado sustraerse al torbellino de la multitud; al que le ofrezca el maravilloso espectáculo de una persona humana, de un hombre humanamente desarrollado. No tendrá diplomas, cierto. Pero ocupará el puesto que le provoque. Y todos preguntarán: ¿de dónde ha salido este ser extraño?

Voy a decirlo.

Comenzaría por enseñarle el castellano; por hacerle conocer su lengua sobre las páginas seductoras de los maestros, con los giros, los matices, las formas, considerando cada palabra como si se tratara de una flor o una planta. Nos inclinamos a creer que el niño está penetrado del sentido de su lengua porque habla, o hace como que la habla, y porque le hablamos en ella. Es verdad, le hablamos en ella pero no se la explicamos. Yo me defendería en infinitas explicaciones; recordaremos que no hay sinónimos cabales y que su comparación llenaría varios cursos de programas oficiales.

Las conversaciones que escuchamos de ordinario impresionan por su pobreza. Las gentes incultas disponen de un reducido número de términos para expresarse; y las otras no son más ricas en el lenguaje. Impregnarse del sentido de las palabras es dar al espíritu mayores medios de comunicación. Si los jóvenes adquirieran ese tesoro durante su bachillerato no los veríamos caer en esas repeticiones fastidiosas: ¡formidable!, exclaman para manifestar su aprobación a una obra, un trabajo o un hombre; ¡formidable!, repiten para indicar que su admiración aumenta y termina diciendo ¡formidable!, para dar la máxima adhesión de su inteligencia al objeto que la despierta

Yo avivaría en mi discípulo el amor al castellano exclusivamente, sin estudiar otras lenguas vivas o muertas, durante un año, durante muchos meses, inclinados sobre las obras maestras para que en esa edad atolondrada, cuando el adolescente salta de una cosa a otra; cuando estupefacto ante lo que descubre, aturdido por deseos vagos y ensoñaciones maravillosas, se estira físicamente mientras el espíritu quiera abarcarlo todo, encuentre una disciplina que lo guía y al mismo tiempo satisfaga su necesidad de expresión. Con los recursos infinitos de la lengua, tendrá en sus manos los recursos de la civilización. Está en la edad bárbara y no se le debe dar más.

Ya un poco aquietado el espíritu, después de meses y meses de tareas y de vacaciones— ¡cuánta virtud educadora tienen las vacaciones!—, estaría con mi discípulo en el estudio de la antigüedad; pero no me aventuraría al conocimiento del latín y del griego sino en el caso de que el muchacho se hubiera estremecido con el castellano. Decidido el paso al latín, le consagraría uno o dos años con la misma pasión que al castellano. No estudiaríamos sino latín, siempre en las obras maestras. Algunos dirán: semejante procedimiento embrutecería al muchacho; no hay variedad alguna; su alumno puede morir de aburrimiento. Pues bien, lo que el muchacho no resiste es el continuo cambio de materias: del castellano a las matemáticas, de éstas a la física, luego al inglés, después a la química, entonces a la historia y así en una dispersión agobiadora que le hace olvidar todo, que lo arranca de aquello que posiblemente le interesa para fijarlo momentáneamente en otra cosa. En ninguna época de su vida el hombre está obligado, como en el colegio, a semejante trashumancia de la atención.

Con el estudio del latín, uno o dos años, viene naturalmente el conocimiento del mundo antiguo: historia, costumbres, geografía, instituciones; ¿en dónde encontrar mayor variedad cautivadora? ¿Cuándo un muchacho va

al extranjero, Inglaterra, por ejemplo, para aprender el inglés no se entrega por ventura ante todo al inglés, no se impregna de las costumbres, de la historia de Inglaterra, de su vida y su tradición, con la visita al Parlamento y a la City de Londres? Lo mismo diría de "los tres meses de Italia", de la jira por Francia. Pues bien, los estudios no son otra cosa que viajes por la historia, por las ciencias. Pues bien, los estudios no son otra cosa que viajes por la historia, por las ciencias. Mi discípulo, entonces, sabría verdaderamente su castellano; sabría el latín, por que habría ido a la médula del idioma viajando por la antigüedad. Y comprendería, sabría todas esas cosas, estaría impregnado de ellas hasta lo íntimo; se habría alimentado intelectualmente con ellas y satisfecho la curiosidad, el imperativo de su adolescencia.

Yo no predico una reforma fundamental en los sistemas ni pretendo que toda la enseñanza se acomode a este modo mío de pensar. Pero, convencido como estoy de que es grave error el de acumular materias, despedazarlas, resolverlas, abogo porque se las estudie en forma sucesiva y no paralela y doy ese consejo a la minoría, a las gentes que están en condiciones de dar a sus hijos o por vocación especial a otros niños, este modo personal de educación. Sobre la base humanista en pocos meses mi alumno haría el estudio de ciencias físicas y matemáticas. Y he ahí al bachiller, al hombre libre listo para ocupar el puesto que quiera en la vida.

Por eso yo gozaría infinitamente con la fundación de un pequeño colegio en donde se daría una enseñanza de acuerdo con lo que he expuesto; en donde no se pensara sino en hacer un hombre y formar un alma.

En la paz del campo, de la ciudad recatada de provincia, un maestro y diez muchachas. Comenzaría por no ser un colegio; sería una casa como todas. La pieza más grande sería la biblioteca alegre, muy lejos de la standarizada aula de bncos iguales, alineados y adustos; vista al jardín y al huerto, cuidado por los chiquillos, que encontrarían así una raigambre espiritual en la tierra. Y las grandes excursiones a la montaña, por los ríos y las playas. Me entusiasman esos colegios parroquiales, esas escuelas pegadas a los conventos de donde han salido en Europa, en América, entre nosotros mismos, los más puros valores humanos, los grandes conductores, los sabios y los artistas.

Me parece que estas sociedades urbanas donde no se ven sino masas y masas, en donde todo se hace con dificultades, en donde todo baja al nivel común de la mayoría aunque mantenga cierta apariencia de prosperidad, los jóvenes, los adolescentes no pueden encontrar el amor de la belleza de la personalidad que encauce su vida.

En nuestra época nada parece definitivo; nada hace con caracteres perdurables; no hay labor humana con el sello de la morosidad contemplativa; el dominio de las fuerzas materiales, la renovación constante de los elementos que sirven al hombre, lo llevan a pensar que en el orden moral tampoco hay algo estable, definitivo; y la misma posición se adopta en el arte y en las letras. En suma se va perdiendo el sentido humano de la cultura. Salvémoslo, eduquemos hombres, formemos almas ¡Siquiera una minoría, eso ya es bastante!